

MATERIAL SENSIBLE

CESARE GAFFURRI OLDANO



Cesare Gaffurri Oldano

MATERIAL SENSIBLE



Trazos

Siempre mentí.

Aseguré de no saber dibujar:

mentí.

Las letras que escribo son pequeños garabatos de niño,
con algunas formas cerradas y repetidas:

Mentí, también.

Desconfié de mí

porque al dibujar tantas letras pude poner

en imágenes mis rostros,

llenar el vacío, la rabia, el olvido.

Quizá mi dibujo no tenga colores

ni pliegues cortos,

pero está lleno
de mi propia tinta, de inviernos,
de tachones,
de lecturas, de silencios,
de amores
por esbozar.

Plataforma erótica

Mis ojos y otra vez tus ojos

escondidos en mis ojos.

Tus labios y otra vez tus labios

escondidos en mis labios.

Tu mano toca mi mano

escondida.

Tu piel en mi piel

y

tu voz en mi voz

y

tu placer atrapado en mi mano,

y

al final

otra vez mis ojos sobre tus ojos

y sobre tu piel, tu piel;

sobre tu risa, tu risa,

y sobre tu grito, tu grito.

Debajo, tu sombra blanca

debajo de tus ojos rojos,

debajo de tu mano sucia:
encontrándote,
también.

La muerte es un eco

La muerte es un eco

que quema

la imagen, la voz,

la risa;

la muerte y ese eco

que quema y

que vuelve,

cálido,

caliente,

cantor,

y olvida;

y se llena de todo

en silencio,

y en el aire,

siempre en el aire,

en ese murmullo

en ese eco mudo
de los muertos al pasar.

Sí, también, querida

Sí, también, querida,
puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Sí, esta noche, también,
lloraré la distancia de tus besos olvidados.

Esta noche, también, reescrita
y destinada, a perderse,
en el vacío,
a haziarse en el silencio,
a explotar en la melancolía,
a enmarcar una página triste.

Siempre, en esta noche,
para siempre.

Subjuntivo de invierno

Que viaje entre brumas.

Que nieve y
que busque, que

Un hilo de color a mi vida llegue.

Respuesta a Gironde

¡Es cierto!

Ud. no sabe nada

Nosotros no sabemos nada

¡Sin discusión!

Él no sabe nada

Yo no sé nada.

Sin pretensiones:

¡Me he obligado a no querer saber nada!

La voz generacional,

ahora,

se disfraza en un invencible telar de susurros sin
rostro.

Soy de la estirpe de aquellos que se hacían llamar

“escribanos de poesía”,
cargados de tímidos y nimios subyoyitos.

Soy de la raza de aquellos que se hacían llamar
“escribanos de poesía”, que:
luego de beber una ciudad,
de estallar por el sonido sordo y gris de un gemido,
de llorar la muerte de la Eterna Arte,
de vomitar el vacío terrenal y cúbico,
murieron a la salida de un bar
mientras sus sombras eran pisoteadas
por un viejo y oxidado tranvía.

¡Quiero creer que no pasa nada!
Creo y luego existo,
tal como creo que creo
creer, que creo en el olvido

en la muerte,
en el silencio de un instante
como un espantapájaros.

El silencio y el duelo

Y es siempre el mismo sollozo.

Es siempre uno contra sí mismo,
obligado a encontrar lo que no se tiene,
buscando lo que se ha borrado.

Y es siempre el mismo sollozo.

Es siempre el dolor:

de buscarse, de
escribir,
de olvidar,
de escribirse,
de encontrarse;
dolor a escribirse,
de abandonarse,
el dolor de perderse.

Son siempre las mismas lágrimas mudas
las que descienden,
efervescentes,
lúcidas,
a reencontrar el mundo,
ese,
que hemos olvidado,
y ahora
desaparecemos.

Kilometraje

La vida es un viaje

uno corto

de x a y

recargado

saturado

galvanizado

de imágenes,

de sueños, de páginas olvidadas, de museos vacíos, de
pezones bizcos, de fracasos, de mentiras, de dudas, de
incertidumbres, de lágrimas, de muertos, de ciudades
esculpidas, de oraciones olvidadas, de fotografías, de
fuegos, de bicicletas volátiles, de besos, de pirámides,
de sabores, de maniqués, de bailes, de amores, de
vientos recalcitrantes, de sinónimos, de amigos, de
bellezas,

rotas.

Ritmo

Son,
la música,
las hojas secas.

Pisarlas,
pisarlas siempre.

Abramo

Un trombón oxidado suena.

Tácitamente una escena se repite constante,
por años.

Una foto en mis manos:
un niño.

Una mirada al infinito y blanco muro en frente mío:
un anciano, un padre y un abuelo.

Abramo, 1925. Agosto.

En el tiempo y en el espacio,
sus huellas son profundas;
en la memoria, en las extensas corcheas
contenidas en infinitos pentagramas.

Giovinezza, giovinezza,
primavera di bellezza,

per la vita, nell'asprezza

il tuo canto squilla e va!

Esvásticas arrugadas y empapadas de sangre y
lágrimas,

crudas bombas ensordecedoras.

Viajes, barcos, mares, olvidos.

Delirios.

Argentina, Colombia, Italia,

y otra vez Colombia

y nunca más Italia

y otra vez un trombón...

y ojalá, Argentina

y siempre Colombia.

Esta vez un hijo, y otra vez otro hijo,

mientras despide a un padre

y llora un hermano, y otro hermano,

y otra muerte, y una madre, y un sueño,
y un inefable siglo, y otro.

Va pensiero, sull'ali dorate,
va ti posa sui clivi, sui colli.

Una tormenta de recuerdos
estalla en ronquidos
mientras un trombón,
siempre oxidado,
habla y habla, y habla y
habla,

Oh mia patria sì bella e perduta!

Oh membranza sì cara e fatal!

hasta el hastío,
creando una melodía sincopada
en pentagramas coloridos, entre

notas que pierden su ruido

entre palacios de aceite.

Arpa d'or dei fatidici vati,

perché muta dal salice pendi?

Silencios que evocan recuerdos,

lluvias, ideas, y viajes

y otra vez muertes, y

otra vez cantos

y otra voz,

escondida en una almohada,

en lo que fue,

en una muerte cercana,

en su olvido,

en su desaparición.

Che ne infonda al patire virtù

che ne infonda al patire virtù

al patire virtù!

La invención de la soledad

He aprendido a leer a Paul Auster.

Mis palabras lo persiguen, con mucha fatiga;

lo encuentran y lo olvidan.

Escribir me permite enajenarme de la soledad.

Las palabras me persiguen, también,

cansadas, y me abrigan.

Se cansan porque guardan consigo

todo lo que no quiero olvidar.

Pienso que sólo tengo la palabra.

Los objetos han huido por el ruido

de mis sueños, de mis miedos;

sólo puedo inventar un mundo que sea

habitable por las cosas que he olvidado.

Mi palabra es el verbo,
me pertenece.

Fuegos artificiales

La vida es igual,
artificial:
un destello fugaz,
viene, suena, enciende y
en silencio,
se desvanece en la nada,
como si nada.

Siempre habrá otro fuego,
otra vida, otra voz
que se impone, que borra, que olvida,
en el cielo, en el aire, en el eco,
artificialmente,
efímero.

Un conte de fée

Quisiera dejarme abrazar por la muerte
alguna de estas noches de mi vida
quizás para siempre
huyéndole a su mirada
reconociendo sus pasos
su aliento
oyendo la canción que susurra
mientras nos mece
en el sueño eterno
en ese del que nunca despertamos.

Quisiera dejarme abrazar durante una noche
así sea un rato
desafiante
para reencontrar a mi padre
y volver a sentir su voz

y traerlo de vuelta
aquí
en las noches
muertas y cansadas
y abrazarlo
hasta el final de la noche
hasta que el frío
me atrape
y cincele el lienzo
donde cada noche
lo recreo tan vital
pero tan distante
casi en silencio
tan en cenizas.

Blanco (o adjunte aquí sus materiales sensibles)

La posibilidad de un sueño

Soñar como decir que he vivido y que
que he constelado
las imágenes
y los olvidos

Soñar como creer que he vivido y que
que he deshecho
hechizos y
sorteado el mundo

Soñar como decir que ya he vivido
que ya que olvidado todo
—y nada—

Soñar como decir ya he leído
y he recordado todo,
decir que ya he soñado
como quien ha vivido,
entre páginas y marcadores,

como heridas y grietas

que no cicatrizan.

Soñar como decir

verbo, infinitivo,

segunda conjugación,

soñar como pensar

en el infinito,

en el agujero negro

del sueño.

Soñaba en imperfecto,

como olvidar,

como algo no terminado,

non finito,

superfluo,

incompleto.

Soñar como decir,
he vivido
Soñar como decir,
he vuelto a la tierra,
a la tierra soñada

Soñar por soñar
Soñar para volver a traer,
para ser un nosotras
y un nosotros.

Soñar para revivir, soñar para volver a ver, también, y
tal vez, soñar
para para volver a creer, para volver a sentir, a oler, a
saborear, a
escuchar,
para volver a olvidar:

Soñé que soñaba que, de los labios de una princesa desmembrada, salía una sombra fluorescente que me perseguía. El éxtasis del cansancio me conducía a un callejón sin salida, donde la sombra sin miedo me devoraba. A medianoche, en el insomnio, miraba mi reflejo frente a un espejo e identificaba el rostro destrozado de Virgilio Piñera, quien me exigía corregirle una página en blanco de sus *Cuentos fríos*. Va a ser una labor complicada, le decía, tome asiento señor Piñera.

Soñé que Roberto Bolaño era de nuevo un detective viejo y salvaje. Constantemente caminaba dando vueltas concéntricas tratando de encontrar una pista que le permitiera regresar a su patria. Nervioso se sentó en una pila de libros y encendió un cigarrillo, Cuál patria, me preguntaba.

Soñé con un barco llamado *L'Allegria*, de la cubierta salía el viejo Ungaretti con un bastón en la mano. Se había vuelto loco y, luego de susurrarle algo al oído a Moammed Scead, buscó su traje de nado: debía encontrar, con urgencia, la inexpresable nada, y, de paso, sacar algunas hojas secas que había arrastrado el desolado otoño.

Soñaba que me perdía en uno de los jardines que se bifurcan. El camino era oscuro y peligroso. Me encontraba atrapado en un laberinto natural. No había animales, no había humanos, no había siquiera balbuceos que me dieran una esperanza. Desesperado, trataba de huir, el miedo había comenzado a invadirme. Corría cada vez más rápido, pero nunca podía salir de allí. Los espacios se repetían, las angustias crecían, las imágenes eran siempre las mismas: no podía salir de la pesadilla de Borges, era el castigo que se me había impuesto durante su última noche.

Soñé que bailaba en un interminable tren humano en una fiesta en algún balcón de Roma. Delante de mí estaba Jep Gambardella quien, viejo y borracho, gritaba enloquecido que amaba esos trenes porque no conducían a ninguna parte. Cansado, encendía un cigarrillo y comenzaba a llorar desconsoladamente. Me tomaba de la mano, pero era incapaz de pronunciar una sola palabra. Había perdido el habla de tanto precipitarse contra la eterna belleza en la soledad de los nauseabundos trenes de su vida.

Soñé que Macedonio Fernández soñaba que entraba en la máquina en el museo. Cansado de buscar a Eterna, metía todos los cuadros en una bolsa negra y comenzaba a llenar las enormes paredes con prólogos delirantes, y uno que otro zapallo para que combinara con la gruesa tinta negra de sus escritos.

Soñé que Paul Auster finalmente lograba ver el cuerpo sin vida de su padre. Tenía las manos y la boca llenas de tierra. Mientras escarbaba cada raíz de naranjo, loco y cansado, para apropiarse del cuerpo del viejo Sam, repetía asfixiado, quiero ser tu hijo, quiero ser tu hijo. Desvanecido, tomaba el cadáver y se lo llevaba, estaba cansado de jugar a escribir la misma historia y de botar a la basura los recuerdos angustiosos de su padre.

Soñé que Egon Schiele hacía el amor en prisión con una prostituta durante un frío otoño. Mientras la penetraba, no sentía placer, sólo una vaga iracundia de no poder entender el cuerpo de las mujeres que retrataba. Tomaba un lápiz y comenzaba a dibujar sobre su cuerpo desnudo. Sabía que ese había sido siempre su lienzo predilecto: esa vulnerabilidad íntima y decrépita de mostrarse, corroído, incapaz de hallar la belleza del eco y la pulsación de los gemidos.

Soñé que entraba en una habitación llena de espejos junto a Oliverio Gironde. Sorprendido, miraba cómo su espectro se desdoblaba en infinitos y micropsíquicos seres con vida. Algunos lloraban, otros se reían a carcajadas; otros se masturbaban y algunos huían de su propia presencia. A mi lado, el hombre había ya desaparecido: no soportaba el peso de saber que ni su propio reflejo era capaz de volar.

Soñé que Francis Malmann me tomaba de la mano y me llevaba a caminar con él. Caminábamos sobre las brasas sin quemarnos; quería enseñarme sus fuegos, quería hacerme partícipe de ellos. Cocinaba, como siempre, mientras repetía una poesía al revés de Baudelaire; quería hacerme entender que la cocina es una lectura, inversa, quemada y bohemia, de páginas y paisajes olvidados.

Soñé que bailaba en una fiesta con Alejandra Pizarnik una pieza muda de vals. Los espectadores nos miraban atónitos. Dábamos vueltas concéntricas en el medio de la pista. Pizarnik pretendía revelarme, así, la manera de encontrar el silencio, de entrar en él, y despertar.

Soñé que caminaba de gancho bajo la lluvia de mi ciudad con Nona Fernández. Intentábamos saltar charcos que pronto se hicieron ríos y que descendían con ímpetu. En el sueño, algo nos descolocaba y nos atraía con fuerza desde los aires. Deambulábamos por el espacio sin memoria, lejos de todo y de todas, olvidando así nuestros nombres, nuestras palabras, nuestra Historia. En el sueño, manos verdes intentaban atraparnos y llevarnos con violencia a otra dimensión, espectral y desconocida. Otra fuerza nos jalaba y aplacaba las manos que iban ahogándose en los ríos profundos de mi ciudad. El mundo se hacía cada vez más chiquitito, hasta que una luz verde fluorescente nos cegaba y nos daba la bienvenida: *game over*.

Cesare Gaffurri Oldano



Cesare Gaffurri Oldano nació en Bogotá en 1986. Es profesional en Estudios Literarios y Maestro en Letras Modernas. Ha trabajado para varias editoriales como editor, corrector de estilo, creador de contenidos y traductor. Su primera obra *LIJ, Pielroja*, fue publicada en 2023 por Editorial Norma. En 2024 fue publicado *Fin de fiesta*, una antología de cuento por la Editorial Escarabajo. En 2025 publicó *Tito y la muerte* en la

colección “Fuera de serie” de la Editorial Norma. Actualmente reside en Bogotá donde trabaja como profesor de lengua y literatura. *Material sensible* es su primera obra de poesía y poemas en prosa inspirados en dos acontecimientos fundamentales, la muerte de su padre y la lectura como posibilidad de reencuentro y escritura.

Índice

Trazos	2
Plataforma erótica	4
La muerte es un eco.....	6
Sí, también, querida.....	8
Subjuntivo de invierno.....	9
Respuesta a Gironde	10
El silencio y el duelo.....	13
Kilometraje	15
Ritmo.....	16
Abramo.....	17
La invención de la soledad.....	21
Fuegos artificiales	23
Un conte de fée.....	24
Blanco (o adjunte aquí sus materiales sensibles).....	26
La posibilidad de un sueño	27
Cesare Gaffurri Oldano.....	42



Título: Material Sensible.

Autor: Cesare Gafurri Oldano.

Imagen de portada: Casas vacías de Brenda Navarro.

Edición digital Hoja en blanco. Diciembre, 2025.

La presente obra fue aportada por el autor de manera voluntaria y gratuita a Hoja en Blanco con fines de difusión literaria. El autor conserva todos los derechos morales y patrimoniales sobre su trabajo. Esta edición está publicada bajo la siguiente licencia de uso *Creative Commons*:



CC BY – NC – ND 4.0

Se permite copiar, descargar y compartir esta edición siempre y cuando se otorguen los créditos pertinentes. No pueden realizarse cambios de forma ni usarse con fines comerciales. La obra original no podrá ser reproducida en otro formato o edición sin la autorización previa y por escrito del autor.

Descarga gratis esta y otras obras en

www.hojaenblancoeditorial.com

